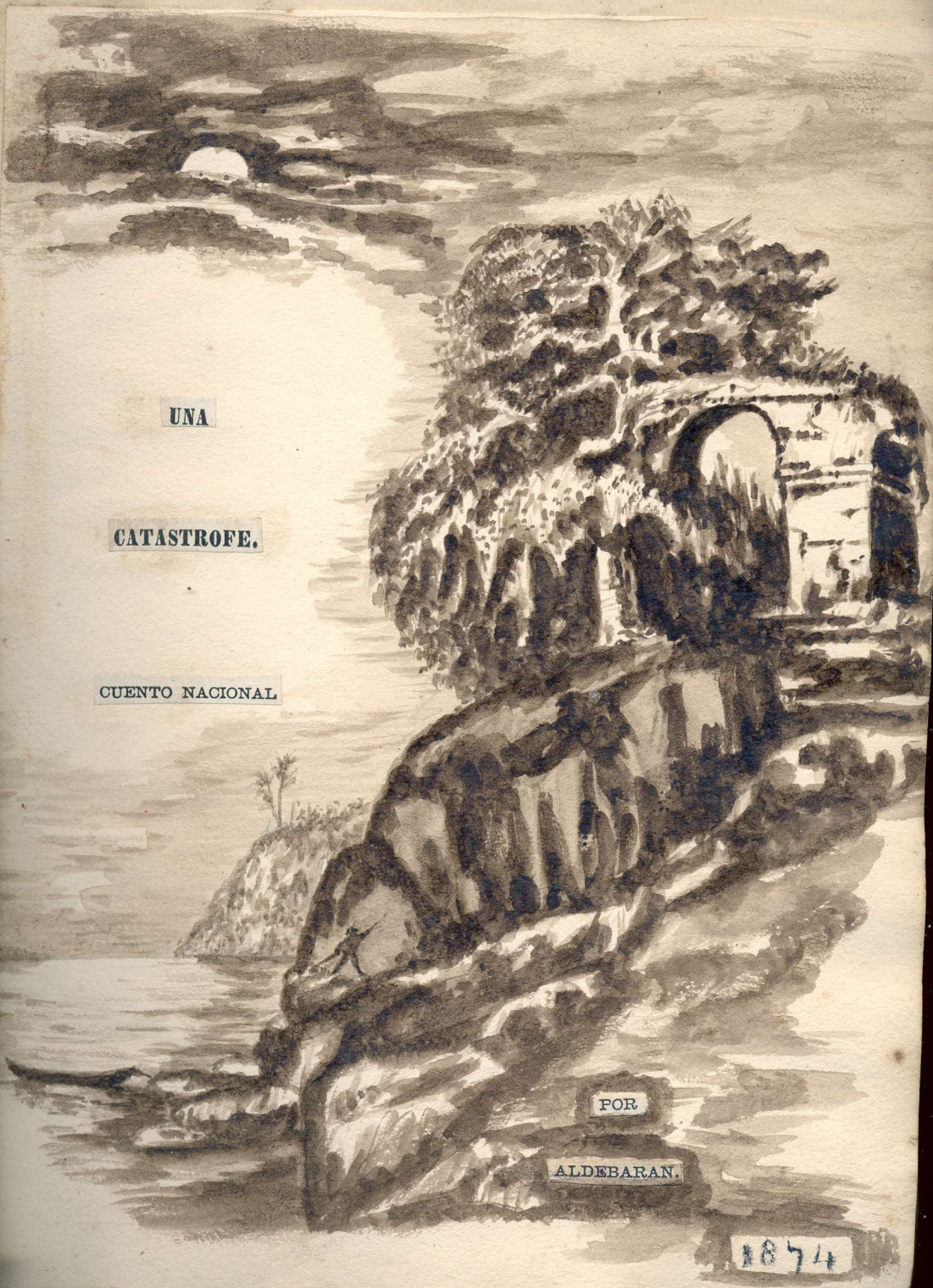
FSAS
007
P2.1



UNA

CATASTROFE.

CUENTO NACIONAL

POR

ALDEBARAN.

1874

UNA CATASTROFE.

CUENTO NACIONAL POR ALDEBARAN.

I.

El dia habia sido de fiesta i alegría: la sociedad entera de Honda participaba de los regocijos i la celebracion del matrimonio de la señorita mas bella i mas rica de la ciudad con cierto jóven de una de las familias mas respetables de Santafé de Bogotá.

A pesar de este contento jeneral, hacia algunos dias que se sentia en la atmósfera cierto vago malestar que no se podria describir: ruidos prolongados pero lejanos, estruendos repentinos, habian despertado a los habitantes de Honda i Mariquita a média noche, sin que se supiera de dónde provenian; algunos lijeros, lijerísimos estremecimientos de la tierra solian llamar la atencion de muchos, i se decia que los terremotos de 1785 (es decir, veinte años ántes del principio de nuestra historia) habian tenido idénticos preludios en Santafé i otros puntos. Pero un raro i estraño ofuscamiento mental parecia dominar a toda aquella poblacion, i nadie tomaba precauciones ni hacia alto en aquellos anuncios de cataclismo que trabajaban el seno de la tierra en la provincia entera de Mariquita.

Cosa inesplicable pero que siempre sucede, tanto en las catástrofes físicas como en las morales, el que va a sufrir una desgracia tiene algun presentimiento: rara vez deja de anunciarle el corazon lo que la suerte le prepara, i tal parece como si la Divina Providencia, en su infinita misericordia, no quisiese nunca descargar el golpe fatal sin haber procurado anunciar la desgracia que llega; pero siempre, en esos casos, el espíritu del hombre es rudo e incapaz de comprender los presentimientos, i así en lugar de acojer i examinar estos avisos del cielo, los rechaza, los desecha i hace esfuerzos como para ocultárselos a sí mismo. Así la poblacion de Honda vivia tranquila, procuraba no oir nada i solo se ocupaba de lo porvenir, miéntras que en lo interior de la tierra se preparaban las lavas, las llamas i los gases, i removiéndose, hirviendo i silbando iban creciendo, hinchándose i produciendo ruidos subterráneos que indicaban que el horrible drama no podria tradar en producirse.

Aquel dia, 4 de junio de 1805, repito, gran parte de la poblacion habia participado mas o ménos de la fiesta matrimonial; así las personas de oríjen i nacimiento español, que vivian en hermosas casas de azotea i de calicanto, como los negros cargueros i trabajadores i mulatas lavanderas, que vejetaban en tristes chozuelas en el alto del *Rosario* o en el barrio de *San José*: todos estaban alegres i alborotados.

En tanto que las personas de alto rango i amigos de la familia tomaban una parte directa en la fiesta, los pobres, segun la franca costumbre calentana, tambien asistian a ella haciendo el papel de *barra* en los corredores i balcones de la casa de la novia, penetrando, merced al bullicio, hasta los aposentos mas íntimos de la familia, sin que nadie se cuidase de ello, porque habia completa seguridad de que ninguno se robaria cosa alguna que no fuese de comer; ademas, siguiendo e imitando las costumbres tradicionales de sus hidalgos antepasados, la familia de la novia habia mandado que se repartiesen entre los pobres muchos i abundantes manjares preparados esprofeso.

El baile empezó temprano i apénas cerró la noche, porque a las doce se debia celebrar el matrimonio en el oratorio de la casa, i en seguida los invitados habian de sentarse a la mesa de la suntuosa cena, con la cual terminaria la fiesta.

Don Pedro del Pinar, el novio, vivia en Santafé, en donde tenia casa arreglada ya para recibir a su futura esposa doña Soledad; pero la familia de la novia le habia suplicado que ántes de regresar a la capital permaneciese algunos dias en Honda, para lo cual habian aderezado un rico aposento digno de los nuevos esposos. Tanto el confesor de Soledad (el provincial del convento de San Juan de Dios) como toda la familia de la novia, habian aprobado aquel matrimonio, que parecia mui proporcionado en rango, edad i honradez, bien que no faltó quien dijese en Honda, por lo bajo, que don Pedro, a pesar de su hermosa presencia i modales cortesanos, era hombre recio i de mal carácter, i que sin acordarse de la honorabilidad de su nacimiento, le achacaban ciertas malas acciones, merced a las cuales habia formado en poco tiempo una fortuna considerable. Justo es añadir que para decir estas cosas no presentaban pruebas, ni ellas pasaban de hablillas sin fondo, pues la elegante i bellísima fisonomía del novio daba una desmentida inequívoca a todos aquellos conceptos, fraguados, sin duda, por la envidia; i en prueba de ello, solo habia una voz discorde en el concierto de alabanzas con que le regalaban en la familia. Esta voz era la de don Joaquin, un primo de la novia, quien habia sido su pretendiente, i por supuesto su opinion era enteramente desautorizada.

Pero ántes de proseguir nuestra relacion, oigamos lo que dicen tres negras esclavas, quienes sentadas en el hueco de una puerta cerrada i semioculta detras de los cortinajes de fino punto del lecho nupcial (preparado en el aposento cerca del salon principal), conversaban sabrosamente, mascando los bizcochos i empanadas que les habian dado, i contemplando desde allí la fiesta i el baile, sin que nadie hiciese alto en su presencia.

—Pobre de mi niño Joaquin! esclamó la mas vieja, ¿no lo ven *bustedes* con la cara entre las manos en aquel rincon de la sala?

—Está *aflijio!* contestó la otra.

—Yo le crié a mis pechos, añadió la primera, i le quiero mas que a mi propio hijo, *pus* cuando se hizo hombre me dió libre.... i es tan bueno i tan *considerao!*

—Pero, repuso la negra mas jóven, terciando en la conversacion, yo le vi bailando ahora rato; no estará tan triste.

—Con quién bailaba?

—*Pus* con la novia.

—*Verdá?*

—Como lo digo.

—Tanto que la queria su primo, i *agora* ya será de otro!

—Pero la niña ni lo volvió a mirar siquiera *dende* que vino el don Pedro, el santafereño.

—La tenia *queni encantaa*, comadrita de mi alma!

—Vaya, que no seria sino por obedecer a su *mae, pus* el casorio lo tenian *arreglao dende* la vida del *dijunto* su *pae*.

—Qué, no fué por eso, *comae*, bien me lo sé yo.

—*Busté* qué *puee sabé?*

—Si, que sí!. El don Pedro, *comae* Bonifacia, la volvió cuasi loca, i la hizo olvidar al otro.... Cada vez que le mira la niña parece pajarito cuando se lo quiere comer la culebra!

—No me lo diga, *comae* Juana!

—Es la *verdá*!

—*Busté* lo sabe?

—Como yo soi de la casa de la niña, los he visto a ambos novios, i bien se conoce que a quien quiere doña Soledá es al santafereño..... El otro dia estaba yo estendiendo la ropa que habia traido del rio, ya oye? i la niña bajó al patio a cojer unas flores *pa* ponerle en su aposento al santafereño; entretanto llegó don Joaquin i al verla se le acercó, i con las manos puestas como si hablara con la Santísima Vírjen, le dijo: Soledá! deseaba ver a usted sola para preguntarle una cosa, si me lo permite. —"Hable usted," le contestó ella mui *entonaa*.—"Asegúreme usted, prima mia, que usted le ama a *él*, i yo no me volveré a quejar." Ella no le contestó, sino que bajó los ojos.

—Ai! *comae*, esclamó la vieja Bonifacia ¿i *onde* estaba *busté?*

—*Escondia* detras del *amparrao* de jazmines .....Viendo que ella no contestaba, él volvió i dijo: "Soledá, escúcheme usté: la fortuna de don Pedro dicen que no es bien habida, aunque su familia es honrada, en tanto que yo soi mui mas rico que él i tengo mayorazgo en España i hasta título.....

—I qué será *título?* preguntó la tercera negra.

—Yo qué sé!....alguna hacienda o trapiche.

—I la niña no le contestaba? pobre, pobre de mi amito! esclamó Bonifacia.

—Pero si me siguen haciendo preguntas no acabaré mi cuento en toda la noche! contestó la negra Juana.

—*Pus* ya ve *busté*, *comae*, que el mismo interes nos despierta la curiosidad, i la pena de mi niño cómo no me ha doler!

—Vaya! dijo la otra i tiene razon *ñua* Bonifacia, porque es mas tiernito que ni una paloma el niño Joaquin, i tan bueno con los pobres, miéntras que el otro es *entonao* i *argulloso* que ni qué.....

—Bien, pues, repuso la narradora: al fin la niña dijo, con un meneo i un aire tan serio que me heló la sangre: "No me importan las riquezas de usté ni pregunto de dónde provienen, ni quiero títulos ni mayorazgos en España; pero prefiero i amo sobre todo el mundo a don Pedro"....El niño Joaquin se puso mas *descolorio* que la *paré* i con una voz mui triste dijo—"Oh! querida prima, ya *usté* olvidó enteramente aquellos tiempos en que me decia que me preferia a mí?—Ella levantó los ojos i le miró con desprecio i dijo: "Entónces yo no conocia a don Pedro, i solo me acuerdo ahora de que él será ántes de quince dias mi esposo, a quien debo i quiero amar i respetar como a ninguno."—"Ingrata!" respondió el otro suspirando.—"Primo Joaquin, volvió ella a decir, repito que usté me es indiferente, i que amo mas que la existencia a mi prometido esposo. ¿Esto bastará a usté para que me deje en paz?

—Válgame el cielo! *comae*, esclamó Bonifacia; ¿i él qué contestó?

—"Tiene usted razon, respondió en voz baja; perdóneme usté, que no la volveré a molestar." I haciéndose a un lado la dejó pasar, i cuando la hubo visto subir la escalera se sentó sobre una pilastra que habia cerca, i poniendo la cabeza entre las manos como está allí, permaneció suspirando largo rato, hasta que vi venir a traves del patio a don Pedro con su vestido de seda, cabello empolvado i sombrero de plumas debajo del brazo. Me dió compasion de que viera tan *aflijio* al primo de mi señora, i acercándome le dije al oido: "Allí viene el santafereño; éntrese su *mercé* a aquel cuarto, porque él estrañará el verle tan triste."—El don Joaquin me miró con ojos *estraviaos*, pero obedeciéndome como un niño se levantó i entró a donde yo le decia, en tanto que el otro seguia su camino cantando entre dientes un alegre bolero.

—Pero ya se debe de haber *consolao*, repuso la tercera negra, porque *dende* que empezaron aquí los preparativos para la boda él ha ayudado en todo como ninguno i sin mostrar la menor pesadumbre.

—Así será, respondió Juana, pero véanlo cómo creyendo que este cuarto está vacío se entra aquí con los puños apretados i *aspeito desesperao.*

—Chiton! dijo la otra, está hablando solo.....

—Vírjen santísima! dijo por lo bajo Bonifacia, mi niño está *jubilao!*

Entre tanto el jóven se habia acercado a una ventana i levantando los ojos al cielo decia:

—Dios mio! Dios mio! Bien lo sabes, Señor, que nada pido para mí....pero si mi prima ha de ser desgraciada, no permitas, no, que se lleve a cabo este matrimonio!

Un momento despues Joaquin volvió al salon i se confundió entre la turba de convidados.

Un ruido lejano, como un prolongado trueno, se dejó oir en aquel momento.

—Qué es aquello, *comae*? dijo Bonifacia.

—Será trueno?....me sonó qué feo, contestó la otra.

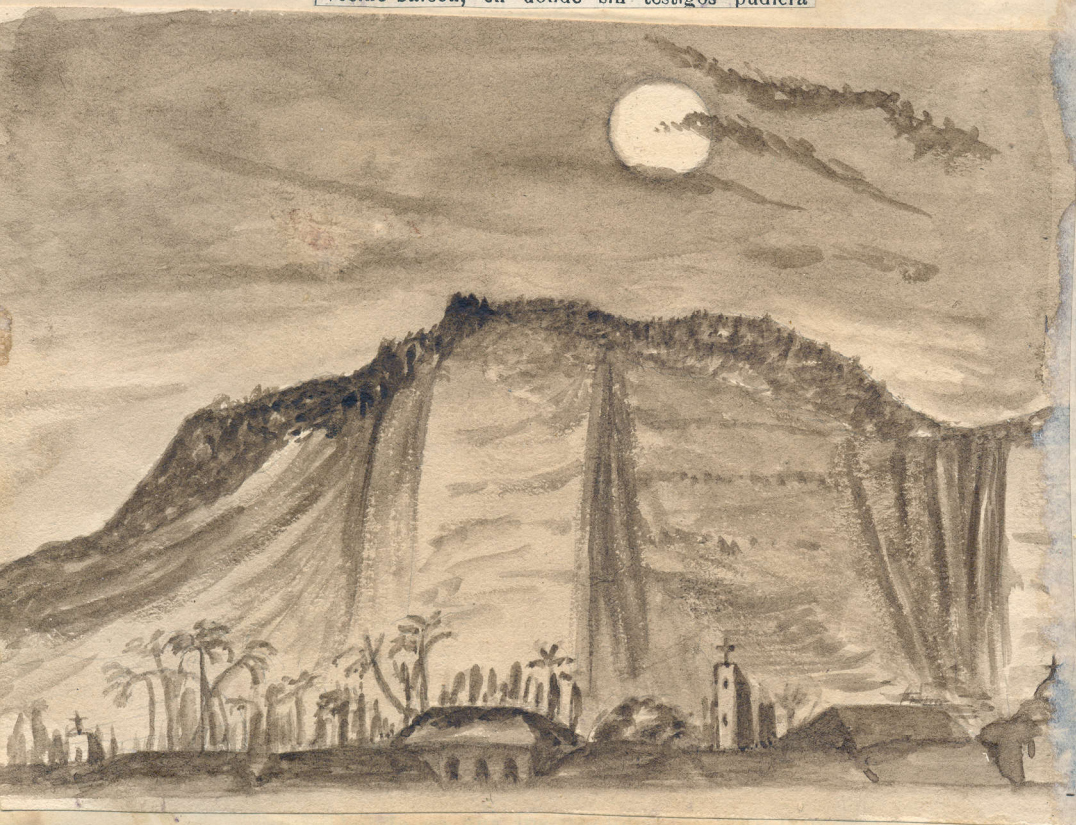
—Será mi *Señó* Jesucristo, añadió la tercera negra sonriéndose i mostrando una hilera de dientes blancos como granos de mazorca; será mi *Señó* Jesucristo que le contesta a don Joaquin.

Magdalena

II.

Poco ántes de las doce de la noche se presentó en casa de doña Marta, madre de la novia, el provincial de San Juan de Dios, i média hora despues ya se habia verificado la ceremonia relijiosa; Soledad tomó asiento a la mesa del banquete, al lado de su esposo don Pedro, i uno i otro estaban tan completamente felices, así juntos, que no hubieran dado la dicha de aquel momento por una vida entera de riquezas i esplendor, pero separados. Comprometido desde niño a casarse con la hija de doña Marta, sin conocerla, conservó don Pedro, mas por falta de tiempo que de propósito, un corazon comparativamente libre, puesto que viviendo desde su mas tierna juventud ocupado en los negocios no se habia entregado a los devaneos propios de su edad. Así, cuando llegó a Honda con el objeto de llevar a cabo un matrimonio que creia ventajoso solamente en el punto de vista de sus intereses monetarios, la peregrina hermosura de Soledad, su gracia i donosura, causaron en el corazon de don Pedro una verdadera revolucion, i en breve sintió un amor profundo i verdadero, que correspondió la niña inmediatamente, como hemos visto. Harto prueba la esperiencia que el amor es un sentimiento tan estraño i caprichoso, que nace tanto en medio de la alegría como del dolor, i no solamente cuando se encuentra rodeado de incertidumbres i peligros, sino tambien protejido por una completa seguridad e inspirado por un santo deber, sin poderse prever su llegada ni precaverse nadie de él. En cuanto a Soledad, a pesar del amor que la profesaba su primo i de ciertas palabras tiernas cambiadas entre los dos, en realidad su corazon no se habia conmovido; a la llegada del novio que le habian escojido sus padres se sintió completamente hechizada por éste, i olvidando cuanto habia soñado ántes trató con enojo i dureza a Joaquin, i no quiso hacer alto en la abnegacion i los tiernos sentimientos de su primo.

En tanto que los novios estaban sentados a la mesa del banquete, cambiando entre sí cariñosas miradas, Joaquin, profundamente aflijido i con el corazon despedazado, procuró mirar hácia otro lado; pero el iman de su propia desgracia le obligaba a contemplar la dicha ajena, i al fin, temiendo manifestar su dolor con su triste aspecto, se levantó de la mesa del ambigú i pasó al vecino balcon, en donde sin testigos pudiera



entregarse a su pena. Una hermosa luna iluminaba la plaza de San José, en donde estaba la casa de doña Marta. Circundábala entónces una hilera de casas de cal i canto, con hermosos balcones de labradas maderas, dobles tejados e imponentes fachadas. Veíase a la izquierda i al otro lado del rio Magdalena, cuyo rumor se oia claramente, un cerro alto que parecia mui bello, iluminado por la diáfana luz de la luna; del lado opuesto del Gualí, al frente mismo, se veia otro cerro, pelado en su base, pero cubierto de bosque en la cumbre, el que era la terminacion de una corta

serranía prolongada hácia el centro de Mariquita. Por todas partes, entónces como ahora, se mecian esbeltos cocoteros i muchos árboles frondosos que formaban el adorno de las huertas i jardines de la hermosa ciudad. Todo respiraba páz, belleza i serenidad, interrumpiendo el silencio solamente el continuo rumor de los rios Guali i Magdalena, que confundian sus aguas no léjos de aquel sitio i se estrellaban ruidosamente contra las piedras que guarnecen su lecho.

De repente, en medio de aquella paz de la naturaleza, i sin que soplase el mas leve viento, Joaquin oyó un ruido estraño que imitaba un lejano trueno i se fué acercando hasta que parecia estallar en las inmediaciones..... Sin embargo, el cielo estaba sereno i ni una sola nube manchaba el color azuloso de la techumbre celestial; pero al mismo tiempo, aunque no corria viento, las palmeras se mecieron i oyóse suspirar i estremecerse el suelo..... Todo aquello pasó en un segundo, i en seguida volvió todo a su natural silencio, de modo que nuestro jóven creyó haber sido el juguete de una alucinacion, i permaneció en el balcon con el objeto de cerciorarse de la verdad. Momentos despues volvió a producirse el mismo fenómeno, pero mas prolongado i mas claro. Alarmado entónces Joaquin, al comprender que aquellos eran preludios de terremoto, volvió prontamente a entrarse en el salon del banquete i dió parte a muchos de lo que habia visto i sentido; pero ellos, alegres con el vino i los brindis, se burlaron de tales aprensiones i continuaron sus conversaciones riendo i bebiendo, sin hacer alto en cosa alguna, i Joaquin por su parte, preocupado con sus tristes pensamientos, no volvió a acordarse de lo que temia.

A las dos de la mañana concluyó la fiesta i se retiraron los convidados. El último que salió de la casa de doña Marta fué Joaquin, quien sentia tanta pena al alejarse de su prima que trataba de despedirse i no podia.... Al fin, haciendo un grande esfuerzo, se serenó i acercándose a Soledad, la dijo:

—Querida prima, he pedido a Dios con fervor que me atienda i escuche mi único deseo, que es el de proporcionar a usted cuanta felicidad cabe en la vida humana; i le he suplicado que para aumentar la de usted tome tambien la parte que me habia de tocar a mí, apartando siempre de su existencia, Soledad, la amarga copa del desengaño.... el peor sufrimiento que puede padecer un corazon sensible....

Antes de que ella pudiera contestarle, Joaquin la estrechó la mano, así como a don Pedro, i salió aceleradamente del aposento i de la casa.

—Ese mancebo la ama a usted o la ha amado mucho, dijo el novio a la novia en voz baja; no es verdad?

—No sé, contestó ella con indiferencia.

—¿No oyó, pues, usted la que le dijo?

—Poco cuidado puse..... he recibido hoi tantas felicitaciones!

—¿En qué pensaba, pues, mi reina, mi vida?

—Pensaba en *nosotros*, contestó ella sonriéndose, es decir, vivia....

Efectivamente, en aquel instante Soledad, inspirada por el supremo egoismo de un amor profundo, no pensaba; *vivia* como rara vez se vive en esta vida: su corazon, su alma estaban enteramente ocupados con la imájen del nuevo esposo i no habia espacio para otra cosa.

.....

—Permítame su merced entrar primero al oratorio a rezar un momento, decia rato despues Soledad a su madre, quien la conducia a su aposento, despues de haberla quitado el rico vestido de novia para cubrirla con un largo peinador de olan.

Al decir estas palabras Soledad empujó la puerta del oratorio, que estaba débilmente iluminado por una lamparilla, i entrando se hincó piadosamente, juntó las manos i elevó al cielo una oracion que era un cántico de alegria i gratitud hácia el Ser Supremo, por la dicha que la proporcionaba haciéndola esposa del mortal mas perfecto, segun ella, que existia en la tierra.

.....

En aquel momento mismo, Joaquin, que se habia dirijido a su casa, salia nuevamente de ella, i atraido como por un iman volvia a la plazuela de San José i se sentaba al pié de una gran cruz de piedra, que llamaban el Calvario, i casi sin saber lo que hacia fijó los ojos maquinalmente en la casa de Soledad que encerraba para él un tesoro perdido para siempre. Oyó cerrar el porton de la casa, que rechinó sobre sus goznes, i vió apagarse una a una todas las luces encendidas en los salones de la fiesta, quedando solamente la que ardia en el aposento de los nuevos esposos..... De repente le pareció que todo vacilaba en torno suyo i que el suelo huia i se sacudia bajo sus piés, de tal manera que cayó de rodillas sobre las baldosas, al propio tiempo que un grito ensordecedor de espanto i de pavor se elevaba del fondo de la ciudad, dormida un momento ántes..... Sonaron al mismo

tiempo todas las campanas en las iglesias, sin que nadie las tocase, i se desplomaron inmediatamente casi todos los monumentos i la mayor parte de las casas de aquel barrio de la ciudad, produciendo un ruido indescriptible, mezclado con los gritos, jemidos i horribles alaridos de la poblacion entera ... Levantó Joaquin los ojos i vió mecerse como una hamaca la casa de su tia Marta i en seguida desaparecer el techo, quedando en pié solamente las paredes.... Llovieron en derredor suyo los escombros que caian de las casas vecinas, i una piedra fué a golpearle la cabeza, postrándole sin sentido al pié de la cruz del Calvario.

.....

La cruz del Calvario - Honda

III.

Al dia siguiente de aquel tan memorable, 4 de junio de 1805, en que un espantoso terremoto arruinó la ciudad de Honda, al cerrar la noche Joaquin volvió en sí i se encontró en la casimba de la negra Bonifacia, su antigua nodriza: sintió la cabeza adolorida i envuelta en un paño; le habian acostado en una hamaca en la salita de la casa, i a su lado vió a la buena negra que espantaba los *zancudos* i *jejenes* con toda la solicitud de una madre cariñosa con un hijo pequeño. Joaquin al reconocerla vagamente se sonrió.

—Niño mio! esclamó la negra; hijito de mi alma, ¿cómo se siente su mercé?

—No siento nada, contestó él, llevándose la mano a la cabeza, ¿pero por qué estoi aqui? Qué me ha sucedido que estoi herido en la frente?

—Virjen Santísima de los Desamparaos! dijo lo negra, levantando las manos con la exajeracion de su raza; cómo ha *olvidao* el niño Joaquin el terremoto!

—Qué terremoto? preguntó él aturdido, ¿no era una pesadilla todo lo que vi i oí?

—No era pesadilla ¡San Emigdio! la caida de las casas i conventos! No recuerda su mercé que yo mesma le recojí debajo de la cruz del Calvario, detras de la iglesia de San José?

—Sí.... ya me acuerdo del matrimonio de Soledad.... i que despues vi caer su casa i hacerse ruinas todo; pero pensé que esto solo habia sucedido en mi corazon, que es una ruina todo él.... Déjame pensar..... añadió cerrando los ojos i poniendo la cara entre las manos.

Ruinas de San Juan de Dios – Honda –

—Le voi a contar a su mercé cómo sucedió todo, dijo la negra con volubilidad. Yo estaba en el alto del Rosario en mi rancho, despues de que volví de la boda de la niña, a la que me habia *convidao* mi *comae* Juana, i como la noche estaba bochornosa i no corria brisa, me senté a la puerta para tomar el *frejco*.... De repente ¡amito de mi alma! no sé qué sentí.... *Jesú*, María i José!.... pero vi caer del otro lado del rio todas las casas, i los campanarios se vinieron abajo.... i aunque de este *lao* del Guali no sucedieron muchas desgracias, las tejas volaban por el aire como pájaros i la jente gritaba i lloraba como si fuera el juicio final..... Cuando ya la tierra se estuvo *queta*, como que habia pasado el temblor, en lo primero que pensé fué en su mercé, i así bajé corriendo a la calle de las Trampas a buscarle, pero en su casa me dijeron que su mercé habia salido a la calle ántes de que empezara el temblor, cosa que todos sentimos mucho, porque en la casa nada se habia caido ni en toda la calle.... Se me ocurrió entónces que mi amo estaria en la plazuela de San José, i, pasando por el convento de San Francisco, cuyo campanario habia caido, *apachurrando* a dos o tres benditos frailes, pasé el puente i, válgame Dios! del otro lado del rio todo estaba por el suelo.... Cuando pasé sacaban a los padres de San Juan de Dios del convento, unos muertos, otros en la agonía, miéntras que muchos pedian socorro debajo de los escombros.... Pero yo no quise ponerme a ver, sino que corrí a la casa de mi señora Marta (que en paz descanse) i allá sí que se me acabó de partir el alma cuando supe que todos en la casa ¡hasta mi *comãe* Juana! habian perecido.... El primero que sacaron de debajo de las ruinas fué el pobrecito del santafereño, hecho pedazos, que daba compasion verle tan *desfigurao!* Despues fueron sacando a las demas personas, unos con la cabeza hecha tortilla, otros.....

Hasta aquí habia escuchado Joaquin la relacion de la negra casi sin entenderla; pero comprendiendo al fin la terrible verdad que relataba Bonifacia, esclamó:

—Estas soñando! Cómo es eso?.... no puede ser!

—Ave María Santísima! amito de mi alma! ojalá soñara yo.... Pero lo cierto es que en casa de mi señora Marta no quedó vivo ni el gato!

—Dios mio! Dios mio! repuso el jóven poniéndose de pié i arrancándose el paño que le envolvia la cabeza; i Soledad?.....

—Ha sido la única que no han podido encontrar para enterrarla con la demas familia.

—Acaso estará viva todavia?

—No hai que desesperar, contestó la negra, no porque ella lo creyera así sino por apaciguar a su *amito*.

—No me engañes, Bonifacia! prefiero saber de una vez la verdad.

—La verdad es que no ha parecido la niña Soledá.

—¿Pero no me dices que encontraron al novio despedazado i muerto?.... a su lado estaria mi prima!

—Así se pensó, i buscaron mucho entre aquellos escombros el cadáver de la niña, pero no se han podido encontrar ni señales.

—¿I tú estuviste allá?

—Sí, mi amo; cuando le hube encontrado a *su mercé* cerca de la cruz del Calvario i me le traje aquí cargado, dejé a una amiga cuidándole i bajé a buscar quien me le viniera a recetar. De paso volví a la casa de mi señora Marta, i recomendé de parte de *su mercé* (pues bien sabia el interes que tendria en ello) que buscasen mucho a la niña hasta hallarla viva o dijunta....

—¿I lo habrán hecho?....

—Todo el dia he estado mandando preguntar, pero en vano!

—Quizas tendria ella tiempo de escapar!

—Imposible! a esas horas..... con las puertas todas cerradas....

—Así será, esclamó el jóven, pero yo no puedo abandonar la pesquisa..... Allí en donde los demas no encuentran, encontraré yo! Vamos, Bonifacia, a buscar a mi querida prima!

—Pero, mi amo, ya es de noche, *su mercé* está herido, i.....

—Eso qué importa?.... Anda! sígueme! vámonos!

—Semejante empresa le puede matar a *su mercé!*

—Matar! Desdichada! no ves que es cuestion de vida o muerte, i que Soledad puede estar muriéndose debajo de algun escombro sin que haya quien la socorra?

—Vea *su mercé*, esclamó la negra poniéndosele por delante: han escarbado entre las ruinas todo el dia, han gritado, llamado sin cesar.... i ya a estas horas todo aquel barrio estará desierto, porque es mui peligroso: a cada momento cae algun murallon o se hunde algun tejado, arrojando piedras i tejas a la calle....

—Si no hai jente en el barrio, mejor! repuso Joaquin.

—La noche está escurísima....

—Tienes velas?

—Sí, mi amo.

—Trae las que tengas i sígueme.

—Le repito, mi señor, mi amo, que esta salida al sereno le puede costar la vida.

—Calla, necia, i obedece! Lo entiendes?

La negra tembló, acordándose de sus dias de esclavitud; bajó de un horcon clavado en la pared dos velas de sebo negro, i acercándose al fogon de la cocinita encendió una que metió en un farol de papel, como usan todavía entre la jente pobre, i corrió a alcanzar a su amo que ya habia salido.

—Jamas mi amo me habia tratado así, decia la negra, limpiándose los ojos con el reves de la mano; debe de haberse vuelto loco! Jesú, María i José!

Entretanto Joaquin descendia la cuesta como un demente: sin sombrero, con la camisa manchada con la sangre que habia manado de la herida que tenia; cayendo i levantando, resbalando i golpeándose contra las piedras de la empinada calle, pasó, despues de atravesar el puente, por frente al arruinado convento de San Juan de Dios; al fin llegó a la plazuela de San José i se detuvo delante de los escombros de la casa de su tia. Piedras, ladrillos, tejas i montones de tierra i piedras yacian confundidos en profusion i desórden con palos i vigas rotas, muebles despedazados, cortinas i ropas, i todo linaje de utensilios de servicio doméstico. Joaquin dió, en primer lugar, la vuelta a aquellos escombros, i en seguida permaneció por algunos momentos con los ojos puestos en ellos, en tanto que la negra los alumbraba vagamente levantando en alto el farol. Un silencio sepulcral reinaba en torno suyo, que interrumpia solamente el repentino traquido de alguna viga que cedia al peso del roto techo, o cuando se venia abajo algun objeto que habia quedado colgado en la pared i al fin se desplomaba. De repente, Joaquin, que habia permanecido callado i prestando el oido atentamente a todos aquellos estraños rumores, corrió hácia un lado i trató de penetrar en la pieza que quedaba debajo de lo que habia sido oratorio; pero aunque todas la puertas i ventanas habian desaparecido, arrancadas de sus goznes por los que entraron a socorrer a los heridos i sacar a los muertos, era imposible entrar en aquel recinto completamente repleto de todo lo que habia caido de arriba. Mandando a la negra que le ayudase, i animado por una fuerza febril, despues de trabajar mas de una hora por penetrar, al fin lograron su intento, i Joaquin empezó a gritar en un principio con fuerza i animacion i despues con acento doloroso i desesperado:

—Soledad!.... Soledad!.... Soledad!....

Callóse en seguida i ambos pusieron el oido atento, pero nada oyeron.

—Seledad! llamó otra vez el jóven con mas fuerza; i despues de este último grito creyeron ambos oir una voz ahogada que respondia i cierto ruido como el que hiciera un raton tratando de abrir un agujero.

—No has oido? preguntó Joaquin a la negra.

—Sí, mi amo, contestó ella, por aquel lado oí algo.....

—No, dijo él, la voz venia de arriba.

—Jesú, María! repuso la negra santiguándose, ¿será de alguno de los difuntos?

—No oyes otra vez? dijo Joaquin.

—Sí; ya oí claro que decian ¡misericordia! i me pareció oir un suspiro mui hondo.

—Ayúdame, ayúdame a poner estos bancos, baúles, escaparates i cuanto encontremos unos sobre otros, gritó él temblando de alborozo, i añadió: sí, Soledad! aquí estoi para salvarte!

Puso la negra el farol sobre un banco i en pocos momentos tenian hecha entre los dos una especie de gradería que llegaba hasta cerca del primer piso. Joaquin tomó la vela que habian llevado de repuesto i subió prontamente hasta arriba..... Una puerta, la del oratorio, le impedia el paso; pero dotado en aquel momento de una fuerza hercúlea, levantó la pesada puerta en los brazos i sacándola de sus gozues la arrimó sobre el paredon que tenia al lado.

—Aquí está! gritó; Soledad, prima mia!...

Al oir aquella esclamacion la negra, se tiró de rodillas, i empezó a orar en alta voz, dando fervientes gracias a Dios por aquella merced tan grande.

—Soledad! Soledad! decia en tanto el jóven con angustiado acento ....Bonifacia! añadió, la he encontrado, pero está como muerta i no me responde!

—Muerta no está, contestó la negra, aún arrodillada, porque no ha mucho la oí suspirar.

—Sáca la vela del farol, dijo él, i levántala en alto.... bien; ahora voi a bajar poco a poco con ella en los brazos, i como no veo, por haberse apagado la otra luz, alúmbrame sin vacilar.

Entónces la negra le vió bajar lentamente por la insegura gradería con un bulto blanco en los brazos.... pero a cada paso el andamio traqueaba, tambaleaba i se movia tanto bajo aquel peso doble, que la negra con el credo en los labios aguardaba verles caer a ambos.... Por fin llegó casi al nivel del suelo, mas al dar el último paso resbaló Joaquin i cayó hácia un lado, pero no ántes de que hubiese recibido la negra en sus brazos a la inanimada Soledad. Desgraciadamente, al recibir la preciosa carga Bonifacia tuvo que soltar la luz i quedaron sumidos en profun-

da oscuridad, porque, aunque al aire libre alumbraba la naciente luna, en aquel lugar estaba todo en tinieblas; i lo peor era que no habia esperanza de encender lumbre, no habiéndose aún inventado por aquella época los fósforos.

Soledad continuaba inanimada entre los brazos de la negra, que no la sentia respirar i por un momento la creyó muerta.....Entre tanto Joaquin logró levantarse del suelo i, orientándose, abrirse paso por en medio de los escombros con direccion a la puerta que daba a la calle. Al llegar al aire libre, Bonifacia, que temblaba de angustia, quiso descansar un momento i depositó a Soledad en el suelo; Joaquin se acercó i viéndola aún sin movimiento creyó que efectivamente habia cesado de vivir, por lo que fuera de sí la levantó en los brazos i echó a correr con ella gritando:

—Muerta! Muerta!....Soledad, mi vida, mi tesoro! La encontré muerta, Dios mio!

La negra le siguió i alcanzándole en breve le aseguró que estaba viva i que si la llevaba a su choza allí le haria los remedios que a él le habian aprovechado tanto. Aunque no tenia ya fuerzas despues de tanto sacrificio, Joaquin no quiso que que la cargara Bonifacia, sino que llegó jadeante hasta el otro lado del rio, en donde se le agotaron enteramente las fuerzas i hubo de permitir que Bonifacia recibiera en los brazos a Soledad, miéntras que él procuraba tomar aliento sentándose a su lado. La luna iluminaba de lleno a Soledad, toda vestida de blanco i mas pálida que el olan que la envolvia.....

—Soledad! Soledad! esclamó el jóven con angustia, apretándola en las suyas una de las amortecidas manos. Un ténue suspiro, casi una queja fué la contestacion que obtuvo, i temiendo Joaquin alarmarla, si ella le veia en aquel momento, se apartó un poco.

—Pedro!....murmuró ella, sin abrir los ojos; mi Pedro!

Joaquin se apartó mas léjos.

Soledad se incorporó de repente, levantó las manos a la cabeza i se la apretó; en seguida abrió los ojos, miró asombrada en torno suyo i fijándolos en la negra dijo:

—Bonifacia....qué haces aquí? Porqué me han traido a la calle?

—Apóyese su merced sobre mí, que está mui débil, i despues le diré todo.

—Despues?....exclamó la mísera Soledad. Ya recuerdo! Estaba en el oratorio....i rezaba cuando sentí que temblaba; me levanté del suelo i corrí a la puerta, pero al quererla abrir el techo se vino abajo, obstruyó la salida.... el piso se hundió con cuanto habia en el aposento i yo me quedé bajo el umbral....Mucho grité i

pedí socorro en un principio, pero nadie me contestó.... Pasaron horas i dias, no sé cuánto tiempo.... Pero dime, Bonifacia, por qué estoi sola aquí? ¿En dónde están mi madre, mi esposo, mis hermanitos?

Ni Bonifacia ni Joaquin se atrevieron a contestar.

—¿Qué se han hecho, di? preguntó temblando la niña; quiero verles ahora mismo.

—Están bien, dijo la negra con vacilante voz; venga su mercé a mi rancho i allá sabrá todo lo que ha sucedido.

—¿En tu rancho están todos? Se me hace cosa extraña.....

—Es la verdad, prima mia, dijo Joaquin acercándose; en la choza de Bonifacia encontrará usted cuanto le ha quedado en este mundo.

—Me promete usted que les veré allá?

Joaquin no sabia qué decir.

—Yo se lo estaba diciendo a mi amita, exclamó la negra viendo su vacilacion, que en mi rancho lo sabrá todo!

Soledad prorrumpió a llorar. Joaquin se manifestó sumamente aflijido con la tristeza de su prima i trató de consolarla.

—Joaquin, Joaquin! dijo Soledad, alargándole la mano; perdoneme usted si no le habia dado las gracias.....

—¿Las gracias, por qué?

—Bien recuerdo ya que usted me salvó la vida....Hacia mucho que yo estaba emparedada i habia oido entrar i salir mucha jente, cavar, arrastrar cosas, pero ninguno se habia acercado al sitio donde me hallaba....Mucho grité i pedí auxilio, pero en vano....al fin fueron yéndose todos los que visitaban los escombros de mi casa, i permanecí sola i sin esperanza de que hubiese quien me consolara....De repente, en medio de mi angustia i desesperacion, oí una voz que pronunciaba mi nombre i reconocí la de usted, Joaquin, i poco rato despues sentí que se acercaban pasos, traté de dar voces, pero mi alegría misma me hizo perder el sentido....no recuerdo nada mas.....

—Es cierto que viendo que usted faltaba, quise a todo trance buscarla hasta que la encontrara, contestó Joaquin.

—Ahora, diganme, repuso ella mirando a sus salvadores: ¿de los de casa quéines se han salvado i quiénes viven?....Oh! Dios mio! añadió, el silencio con que me contestan me hace comprender que tengo de lamentar alguna muerte por lo ménos....Pero no quiero saber nada aquí, añadió; vamos al rancho de Bonifacia i allí por

mis ojos veré quienes me faltan! Dios mio, Dios mio! esclamó despues prorrumpiendo en llanto, si Pedro, mi querido Pedro estuviera vivo, quién sino él me salvara! ¡Si mi madre existiera ¿me hubiera dejado sola tanto tiempo en aquellas ruinas?

Al decir esto se puso en pié con ímpetu i trató de correr, pero cayó en los brazos de sus compañeros nuevamente, porque la debilidad en que se hallaba, por la falta de alimentos en tanto tiempo i un pié que tenia lastimado, la impedian andar por sí sola.

Fuéla preciso, pues, dejarse llevar en brazos alternativamente por Joaquin i Bonifacia, llegando momentos despues al rancho vacío de la negra.....

.....

Ruinas en la plazuela de San José – Honda –

IV.

Pasaron algunos años. No hacia un mes que habia estallado la gloriosa revolucion del 20 de julio....Un grupo compuesto de cinco personas bajaba lentamente la cuesta llamada del Raizal, que domina el valle de Guaduas, en una tarde de agosto de 1810, i aunque todos procuraban apurar el paso de las lerdas mulas, éstas rehusaban caminar aprisa i bajaban dificilmente por aquellos empedrados resbalosos i empinadas laderas. El grupo se componia de una señora jóven i hermosa, pero cuyas facciones tenian una espresion estraña que revelaba una tristeza íntima i habitual; a su lado iba un caballero tambien jóven, gallardo i bien parecido. Detras seguia, montada como hombre, una negra que llevaba sobre una almohada a la cabeza de la silla un niño de tres años, el cual, despues de haber llorado mucho de hambre i cansancio, se habia quedado dormido. A pesar de la lentitud de la marcha de aquella parte de la caravana, aun mas despacio caminaba una mula pesadamente cargada con un par de baúles que arreaba un mulato con mucha dificultad.

—Mis amos, gritó el arriero al fin, deteniéndose sobre un peñasco que dominaba a los de acaballo; la mula se echó i aunque le he dado mas rejo que a penitente en semana Santa, no se mueve. Qué haremos?

—Dame acá al niño, Bonifacia, dijo el caballero, dirijiéndose a la negra, i anda a ayudar a tu hijo con la carga.

El niño despertó, restregóse los ojos i pasó sin llorar de los brazos de la negra a los de su padre, mirando con curiosidad en torno suyo.

La señora no habló.

Palma de dátil y sapote.

Momentos despues volvieron a bajar los dos negros, asegurando que decididamente la mula se habia cansado, o que encaprichada se resistia dar un paso.

La situacion no dejaba de ser desagradable, porque la tarde se empezaba a convertir en noche i al pié de la cuesta se veia el valle cubierto de sombras oscuras.

—Qué haremos! esclamó el caballero dirijiéndose a la señora. Si dejamos la carga atras de seguro se pierde, como les ha sucedido a otros, máxime cuando que en pos nuestra debe de haber salido un piquete de los revoltosos en via para Honda.... Nuestra única salvacion es llegar a Guaduas esta noche en donde no me faltan amigos.

—Dejemos la carga, Joaquin, contestó ella; mas vale la vida que el dinero!

—I no llegaremos nunca a España! pues bien sabes que cuanto tenemos viene ahí, i hasta los documentos para reclamar lo que me pertenece en Sevilla.

—¿I no podré yo sacar de las ruinas de mi casa en Honda lo que sé habia enterrado mi padre i hasta ahora nadie ha sacado?

—¿I si no tenemos tiempo? El Virei va adelante, i por supuesto que no querria detenerse por aguardarnos.

—Tienes razon! esclamó ella; pero me ocurre una idea, i al decir esto bajó la voz. Enterremos por aquí lo mas pesado que llevamos, i sacando los papeles i las monedas suficientes para el viaje a España, despues veremos qué se hace.

—La idea me parece escelente! esclamó Joaquin.... mandemos adelante al hijo de Bonifacia para que nos prepare alojamiento, dé de comer al niño que tiene hambre i no sepa en donde hacemos el entierro.

Inmediatamente mandó descargar los baúles, i tomando del diestro la cansada mula para que la cambiasen por otra en el pueblo, dijo al mulato que llevara al niño en los brazos; pero éste se resistió de tal suerte que hubo de irse solo el muchacho.

Entre tanto Joaquin desmontó a su esposa i todos se internaron en el monte, llevando de cabestro sus bestias. A pocos pasos, sobre una barranca, estaba la piedra miliar, que decia: "A Santa Fé 16 leguas," i detras se veian varios robles mui altos i una peña aislada. El sitio era propio para un guardado i las señales inequivocas. Ayudado de Bonifacia i sin mas instru-

mentos que su espada, un puñal que llevaba al cinto i las fuertes manos de la negra, al fin cavó Joaquin un hoyo suficientemente grande, miéntras que Soledad abria los baúles i sacaba la plata labrada, que era lo que mas pesaba, i varios rollos i mochilas de onzas, dejando algo de ropa, algunas monedas i varias joyas de valor que envolvió, e hizo un atado; lo demas lo guardó en el baúl que debian enterrar, ayudándole en todo esto el niño, quien habia despertado enteramente i olvidado su hambre i fatiga, creyendo que todo aquello era una gran diversion. Despues de echar el baúl en el hoyo lo taparon con tierra, piedras i cespedones de yerba, i por último cubrieron todo con hojas secas, que abundan mucho en aquellos parajes, formando una gruesa capa blanda propia para disimular lo que hai debajo.

Ya entre tanto habia oscurecido enteramente, pero aunque el sol desapareció la luna iluminaba el paisaje con su luz plateada i misteriosa. El niño jamas olvidó aquella escena ni el sitio en que sus padres habian enterrado el baúl. Cargando el atado de ropa i demas cosas sobre la mula de Bonifacia i llevándola ésta del diestro, echaron a andar cuesta abajo hácia Guaduas, en donde se quedaron aquella noche, i al dia siguiente continuaron su viaje a Honda, teniendo que embarcarse inmediatamente en un champan preparado para el séquito del desterrado Virei Amar. Aunque Soledad no pudo sacar el tesoro enterrado en la casa de sus padres, Joaquin recompensó como pudo a la abnegada negra, regalándola su retrato engastado en oro i algunas joyas, con cuyo producto compró un terrenito que dió a ella i a su hijo con qué pasar el resto de su vida.

Bien que el sagaz lector sin duda ha adivinado cómo pasaron las cosas despues del terremoto, no estará por demas esplicar algunas. Así aunque no es del caso describir el estado de desesperacion en que se encontró la mísera Soledad, despues de aquel terrible acontecimiento que de un golpe la dejó huérfana, viuda i sin mas pariente que Joaquin, debemos añadir que recojida en casa de una amiga de su madre vivia siempre triste i profundamente aflijida. Jamas volvió a nombrar a su malogrado esposo, pero en sus momentos de mayor desaliento i cuando creia que nadie la escuchaba, a veces la oian decir con angustia indecible:

"Dios mio! Dios mio! me castigásteis, Señor, porque no es permitido en el mundo gozar

El Santuario - con luna -
Guaduas

de una completa dicha....Oh! Pedro, Pedro, Pedro!....soi mui desgraciada!" Su primo Joaquin se manejó con suma delicadeza, i aunque no vivia sino pensando en ella i rodeándola de cuantos cuidados estaban a su alcance, nunca la hablaba de su amor, sinembargo de que en sus actos lo revelaba a cada paso. Así se pasó un año. La posicion de ambos era falsa: en Honda empezaron a hablar de lo imposible que era ocultar el amor de Joaquin a la viuda de don Pedro del Pinar, i él se lo dió a entender a Soledad, diciéndola que, aunque despedezado el corazon, se veria en la precision de no volver a visitar su casa con frecuencia.... Enternecióse Soledad al hacerse cargo de la pena de su primo, i quiso recompensar la abnegacion que éste habia mostrado para con ella, brindándole su mano, bajo la condicion de que al casarse abandonarian para siempre la ciudad de Honda i se irian a radicar en Santa Fé. Así se hizo, i aunque aquellas bodas nada tenian de alegres i se hicieron en la intimidad, Soledad tuvo que confesarse a sí misma que jamas hubiera encontrado un esposo que la amara mas. Cuando al cabo de un año abrazó ella a su primer hijo, sintió que renacia a la existencia i que el mundo ya no estaba para ella vacío i sin interes.

Para completar su obra, Joaquin, sin decírselo a ella ni consultarla, quiso que bautizasen al niño con el nombre de Pedro, i con este noble proceder acabó por ganarse enteramente el corazon de su esposa.

En Bogotá obtuvo fácilmente un destino honroso, distinguiéndole particularmente el Virei Amar, de quien era algo pariente, puesto que, como ántes dijimos, el padre de Joaquin habia sido español de nacimiento; i aunque creado en Honda i educado en Bogotá, el esposo de Soledad era naturalmente adicto a la causa de su protector el Virei, con quien quiso desterrarse, abandonando su patria nativa para ir a radicarse en España, donde su padre habia sido Veinticuatro de Sevilla i tenia mayorazgo i rentas.

Puerta en Sevilla

Esquina de la plaza.

Guaduas

EPÍLOGO.

En una hermosa i fresca mañana del mes de diciembre de 1835, estaba el coronel Acosta (*) esperando en la puerta de su casa, en Guaduas, que atravesara la calle algun amigo o pasajero para invitarle a almorzar a su mesa, pues era cosa que siempre evitaba hacer solo.

El Coronel era uno de los tipos mas curiosos que se pueden hallar en nuestro pais, i hasta su muerte, acaecida en 1858, era la Providencia del valle de Guaduas i de todos los pasajeros que recorrian el camino entre Honda i Bogotá. Las jentes del pueblo i aun los campesinos de todo el distrito jamas apelaban al juez o alcalde en sus disputas i deferencias, sino que despues de referir *al Coronel* sus actos i disgustos, él siempre les ponia en paz, quedando todos contentos i satisfechos con lo que él concertaba i mandaba. Ademas, si habia algun enfermo pobre, con seguridad encontraba en casa del Coronel azúcar, chocolate, arroz, pan, yerbas medicinales i aun dinero para comprar los remedios en la botica, cuando él no los tenia en su casa. Siendo hom-

(*) José María.

bre soltero i amigo de sociedad, le disgustaba mucho estar solo en su habitacion, i siempre andaba a caza de huéspedes que le acompañasen en ella, i alojaba con gusto a cuantas familias conocidas i viajeros pasaban para Bogotá, así como su casa era la posada obligada de todos los Representantes i Senadores que iban al Congreso.

Aquella mañana, como digo arriba, el Coronel carecia de huéspedes, i a la hora del almuerzo, a las siete de la mañana, se acercó a la puerta de su casa con la esperanza de encontrar algun amigo o conocido que fuese a partir con él los pastelillos, arepas i afamado café que guarnecian su mesa con profusion digna de otros tiempos. Ibase a entrar desesperanzado, cuando vió atravesar por la diagonal de la plaza (su casa estaba en una esquina de ella) a un jóven de elegante porte, cuyas botas altas (en lugar de los *zamarros* que se usan en el pais) i chaqueton de viaje (en lugar de la ruana tradicional) estaban indicando que debia de ser estranjero. Pero lo mas curioso del caso era que montaba una mal aperada mula i llevaba él mismo del diestro otra cargada con dos baúles al parecer mui pesados, atados sobre el animal contra todas las reglas practicadas por los arrieros.

—¿Hasta dónde lleva usted camino? preguntó el Coronel, interpelando al viajero desde lejos.

—Aquí no mas,—contestó el jóven cortesmente, tocándose el sombrero al notar el aire venerable de su interlocutor.

—¿I en dónde piensa usted desmontarse? preguntó el Coronel, viendo en el jóven el compañero que buscaba.

—No sé, señor, contestó el otro,—cabalmente buscaba una posada en que me dieran de almorzar.

—Vaya! Caballero.... aquí tiene usted mi casa a su disposicion.

—¿Acaso es fonda, pues?

—No señor, contestó sonrriéndose el Coronel, sino la casa de un amigo.... Puede usted mandarse apear, (1) que yo me encargaré con gusto de darle de almorzar. José, añadió dirijiéndose a un negro que con la servilleta sobre el hombro le anunciaba que el almuerzo estaba servido;—José, llama á algun sirviente para que venga a cuidar estas mulas.... que descarguen la una i desensillen la otra, i ambas las metan a la pesebrera.

En seguida, dirijiéndose a su huésped, que ya se habia desmontado, le preguntó si no llevaba peon.

—No señor, contestó el jóven,—estas mulas me las alquilaron en la bodega de Honda con

(1) Espresion usada siempre por el coronel Acosta.

sus correspondientes aperos, i aquí pensaba yo buscar un arriero.

—Las mulas son de Rudecindo; las conozco... Yo le daré a usted un peon que le acompañe cuando usted disponga continuar su viaje. Ahora vamos a almorzar, que se nos enfria la sopa.

I pasando adelante para enseñar el camino al forastero, le introdujo a un patio lleno de flores i plagado de animales de toda especie: unos corrian sueltos, i cantaban los toches, mirlas i turpiales en sus jaulas, i gritaban los *alcaravanes*, los *yátaros* i los gallos de pelea, formando un concierto algo mas que armonioso, ensordecedor. A la entrada del zaguan estaba el comedor, que era un corredor ancho, en donde encontraron la mesa aderezada i dispuesta para tres o cuatro personas. ‡

Despues de los primeros platos i en tanto que el negro servia el café, el coronel dijo:

—¿Usted viene de Honda? ...

—Si, señor.

—Cómo le ví a usted bajar por el camino de Bogotá....

—Efectivamente.... anoche pernocté en un rancho, en aquel cerro que creo llaman el Raizal.

—¿I cómo viene usted de Honda por el camino opuesto?

—Me devolví del camino.... contestó el jóven con embarazo.

—Ah! esclamó el Coronel asombrado; pero notando la turbacion de su interlocutor cambió cortesmente de coversacion, añadiendo: Usted no es granadino, bien lo veo ¿será acaso español? tiene el acento i el aspecto de *chapeton*... Pues mi padre tambien era español, i yo los aprecio mucho.

—Soi nacido en Bogotá, contestó el jóven, pero emigré con mis padres el año de 10, de tres años de edad: así puedo decir que soi mas bien español que americano. Despues de mirarle a la cara durante algunos momentos, el Coronel esclamó:

—¿Por ventura seria usted hijo de mi amigo Joaquin **....?

—Lo ha adivinado usted!

—Usted se le parece mucho.... i tambien a su madre, que era mui hermosa! Celebra mi cariño conocerle!

—Gracias, dijo el jóven sonriéndose; celebro tambien hallar aquí un amigo de mi padre.

—Mucho me acuerdo de Joaquin, repuso el Coronel, i de lo que sufrió en el terremoto de Honda el año de 5, i su subsiguiente matrimonio con la desgraciada viuda de don Pedro del Pinar, la madre de usted!

—Mi madre era viuda! esclamó el viajero. Usted tal vez se equivoca....

—¿No se llamaba la madre de usted Soledad, i no era prima de su padre?

—Si, señor....pero usted me asombra, porque jamas se habló en casa de! anterior enlace de mi madre.

—Es decir que fué viuda de nombre, repuso el Coronel, puesto que don Pedro murió la misma noche de su matrimonio.

—Válgame el cielo! dijo el jóven, pues esto no lo sabia yo!

—Siento haberle hablado de una cosa que usted ignoraba, repuso el Coronel; son asuntos delicados que los últimos que vienen a saberlos son los mismos interesados.... Pero, añadió, ya que somos amigos, tenga usted la bondad de satisfacer mi curiosidad i dígame, cómo habiendo venido ayer de Honda se vuelve del Raizal, sin llegar a Bogotá!

—Por la sencillísima razon, respondió el otro, de que esta madrugada hice lo que tenia que hacer en el pais.

—Esta madrugada?

—Sí señor; no vine a Nueva Granada sino a sacar un tesoro que mis padres habian dejado enterrado en aquella cuesta.

—De veras? I lo encontró usted?

—Si señor, intacto. I sacando un papel del bolsillo se lo mostró a su huésped añadiendo: vea usted el plano que hizo mi padre, de memoria, del camino: la piedra miliar, los árboles aquí, el peñasco detras.... Debajo o al pié de la roca encontré el baúl podrido, pero lo demas perfectamente sano; eché todo en los cofres que habia llevado para el caso, i me devolví. Pero casi no tuve necesidad de mirar el plano: el sitio me habia quedado impreso en la memoria, i esta mañana lo reconocí al momento, i directamente me acerqué a él i cavé sin vacilar al pié de la peña donde estaba el tesoro.

—¿I porqué habia usted dejado pasar tanto tiempo ántes de venir a sacarlo?.... hace largos años que se acabó la guerra con España.

—Así es; pero mi madre era tan estremosa que no permitia que nos separásemos nunca de ella mi padre ni yo. Mas habiendo tenido la desgracia de perderla el año pasado, i pensando yo en contraer matrimonio, me pareció que era mi deber para con los hijos que podia tener, no dejar perder ese dinero i valores tan sin provecho. Ademas, debia buscar 10,000 patacones en onzas de oro que habian quedado sepultados en la casa arruinada de mi madre: ella me habia

Ruinas de la casa de Cristobal Colon en Sevilla

esplicado varias veces en dónde lo debia buscar. Pero esta empresa me costó mucho mas trabajo, i duré muchas noches bregando en medio de los escombros ántes de dar con el tesoro de mi abuelo. Al cabo lo saqué tambien, há cuatro dias....

—Quiera Dios que siempre sea usted tan afortunado como ahora! esclamó el Coronel, i añadió: ahora dígame en dónde está mi amigo Joaquin i si se ha conservado bien.

—Vive, señor, en Sevilla, en una preciosa quinta, i se habia conservado mui bien hasta ahora un año, pero la muerte de mi madre le ha envejecido repentinamente, i su salud quebrantada le impidió acompañarme, lo que deseaba mucho.

En aquel momento se oyeron llegar varias mulas al porton de la casa del Coronel i gritos de arrieros.

—Ese es el correo que sigue para Honda! esclamó el Coronel levantándose de la mesa. Hé aquí una buena ocasion para que usted continúe su camino hasta la Costa sin novedad.

A decir esto el Coronel, que era el administrador de correos permanente de Guaduas, i lo fué casi durante toda su vida, sin que cobrase jamas sueldo por ello, salió a despachar el correo i disponer su partida.

Dos horas despues nuestro viajero montaba nuevamente a la puerta de la casa del Coronel i se despedia mui agradecido de su nuevo amigo.

Nadie volvió a tener en Nueva Granada noticias directas del hijo de Soledad, pero el Coronel que era mui curioso, al fin descubrió que en Sevilla habia un apuesto jóven llamado Pedro** que tenia fama de ser mui acaudalado, i que en el cementerio de la misma ciudad se veia una hermosa tumba de mármol blanco con una inscripcion que decia:

memoria de mis queridos padres Joaquin i Soledad,

Muertos en 1834 i 1837, en Sevilla.

ALDEBARÁN.